

Conferencia Latinoamericana sobre Agricultura y Alimentación

La agricultura y la revolución económica mundial

El verdadero proletariado del mundo está constituido por los trabajadores agrícolas de los países subdesarrollados, incluyendo no sólo a los trabajadores que no poseen tierra sino también a los aparceros, los demás arrendatarios en su mayoría, y aún a la generalidad de los campesinos poseedores de pequeñas parcelas, y no por los obreros industriales, como creía Karl Marx hace cien años, basándose en sus estudios en Inglaterra, la primera nación industrializada. Pese al hecho de que más de la mitad (en algunos países, más de las tres cuartas partes) de la mano de obra activa, está dedicada a la agricultura, en muchos países subdesarrollados predomina el hambre o una situación rayana en el hambre; corrientemente, las clases agrícolas más pobres constituyen el grueso de la población insuficientemente alimentada. Así ocurre también, en muchos países de la América Latina.

Son éstas las razones por las cuales siempre he considerado a la FAO —potencial, más que realmente— como la más importante de las organizaciones intergubernamentales que integran la familia de las Naciones Unidas. A fin de cumplir con su misión, deberá inducir y generar, en los países subdesarrollados y en sus relaciones con las naciones ricas, reformas de ma-

En este primer documento, reproducimos la disertación del economista Gunnar Myrdal, pronunciada en Viña del Mar en marzo del presente año.

Basado en las experiencias pasadas y especulando sobre las posibilidades futuras, el autor considera a la FAO, por lo menos potencialmente, como la más importante de las organizaciones intergubernamentales de las Naciones Unidas; pero estima que deberá fomentar reformas de mayor magnitud y más revolucionarias coincidentes con las realidades de los países subdesarrollados.

Como determinantes de la situación cada vez más precaria de éstos, se señalan: el rápido crecimiento demográfico y el deterioro de su posición comercial internacional, consecuencias ambas del progreso científico y tecnológico de las naciones más ricas. Con relación a estas premisas, se analizan en profundidad, el proceso de industrialización y el mayor desarrollo de la agricultura.

Finalmente, el autor hace notar que la Campaña Mundial contra el Hambre lanzada por la FAO ha subrayado la productividad sumamente baja de la mano de obra y de la tierra en los países subdesarrollados y la necesidad imperiosa de superar sus metas para evitar una verdadera calamidad mundial.

GUNNAR MYRDAL*

yor magnitud aún y de carácter más revolucionario que cualquiera de las que ha llevado a cabo hasta la fecha. Volveré sobre esto más adelante.

Permítaseme exponer ahora en pocas palabras lo que entiendo por revolución económica mundial y por qué a la FAO va lanzado el mayor reto, si se quiere que esa revolución beneficie a los países subdesarrollados, sin provocar primero un cataclismo mundial. Todos sabemos que la diferencia entre los ingresos de las naciones ricas y las pobres aumenta sin cesar. Así ha venido sucediendo desde hace mucho tiempo; en realidad, durante el siglo o más en cuyo transcurso se produjo la revolución industrial de los países desarrollados mientras los subdesarrollados permanecían en relativo es-

* El economista-sociólogo Gunnar Myrdal nació en Suecia en 1898. Fue Secretario de la Comisión Económica para Europa, de las Naciones Unidas. Entre sus obras más importantes, traducidas al inglés y al español, figuran "Solidaridad o Desintegración", "Teoría y Regiones Subdesarrolladas", "El Reto a la Sociedad Opulenta", etc.

tancamiento. A propuesta del Presidente Kennedy, se declaró al período 1960-69 el *Decenio del Desarrollo*. Esto significa el desafío y la promesa de extender los beneficios de la ciencia de modo que la revolución industrial dé como fruto una revolución económica para todo el mundo. Lo que por el contrario ha ocurrido hasta ahora, como todos sabemos, es más bien un retraso en el desarrollo de la mayoría de las naciones subdesarrolladas. En realidad, algunas de ellas han retrocedido en función de los ingresos por persona y los niveles de vida. Mientras tanto, las naciones ricas han avanzado hacia un progreso económico cada vez más rápido. Como quiera que en la mayor parte de los países subdesarrollados existe una gran desigualdad social y económica, que generalmente va en aumento, las masas de la gente pobre, especialmente en el sector agrícola, viven en una miseria más abyecta aún que la indicada por las cifras medias.

Durante largo tiempo, los eruditos y los estadistas expresaron la confianza y la esperanza de que el elevado y rápidamente creciente nivel de conocimiento técnico y científico en los países desarrollados sería adaptado a los fines de acrecentar la producción en las naciones subdesarrolladas. Aunque los economistas, y más aún los sociólogos, pueden señalar las dificultades que han de superarse para tal adaptación, ellos, igual que los demás participantes en el público debate y no en último término los técnicos agrícolas, ven en el creciente acervo de conocimientos tecnológicos y científicos un motivo de optimismo frente a los problemas que se les plantean a los planificadores en los países subdesarrollados. Contados son los que parecen darse cuenta de que, en realidad, el conocimiento científico y tecnológico, con la orientación que se le ha dado, ha sido hasta ahora un factor desfavorable a los países subdesarrollados. Dos tendencias en especial han contribuido de modo decisivo a la situación cada vez más precaria de los países subdesarrollados: el crecimiento demográfico cada vez más rápido y el deterioro de su posición comercial internacional. Ambas son en gran parte consecuencia de los progresos científicos y tecnológicos de las naciones ricas.

La explosión demográfica está llevando la tasa de crecimiento demográfico a niveles superiores a los registrados en los países actualmente desarrollados (con excepción del Nuevo Mundo donde las condiciones eran excepcionalmente favorables para el desarrollo económico). De muchos modos que aquí ni puedo detallar por falta de tiempo, este aumento de la población está empobreciendo a los pueblos

de esas naciones y oponiendo grandes obstáculos a su desarrollo. La causa inmediata del aumento de población es la rápida disminución de la tasa de mortalidad, mientras que la fertilidad tiende a permanecer en un nivel tradicionalmente alto. A su vez, la principal condición previa para la disminución de la mortalidad es el progreso de la ciencia y la tecnología médicas, que facilitó medios poco costosos para impedir la muerte incluso a pueblos con niveles de ingresos y de vida muy bajos. Puede imaginarse esta gran revolución como un descenso radical del nivel de miseria en el que empiezan a actuar los frenos crueles de Malthus al crecimiento demográfico. La tecnología ha salvado vidas, pero ha creado mayor miseria para todos.

Con excepción de las pocas zonas que tienen petróleo u otros minerales que las naciones opulentas necesitan cada vez más, los países subdesarrollados comprueban que su necesidad de exportaciones tradicionales, relativamente hablando, se han venido contrayendo uno y otro día desde la Primera Guerra Mundial. Este deterioro de la posición comercial se explica en parte por la poca elasticidad de la demanda en relación con los ingresos de la mayor parte de estos productos y también, hasta cierto punto, por las políticas proteccionistas de los países ricos.

Pero también se explica en parte por el rápido incremento en los países industrializados de la producción de esos mismos productos o de sucedáneos sintéticos (sobre todo, en lo que se refiere a los productos agrícolas). Como sabemos, esto se basa principalmente en la investigación científica y el constante progreso tecnológico en los países ricos, en detrimento de las perspectivas de exportación de los países subdesarrollados, y es cosa que se puede prever con certeza. La productividad aumenta rápidamente en casi todos los dominios en los que compiten los países subdesarrollados; pueden hacerse más economías de materias primas industriales; se abaratan los sucedáneos y se inventan otros.

Para dar un ejemplo de especial importancia en América Latina: se prevé que en un futuro próximo se va a comercializar un sucedáneo sintético del café. Varios laboratorios de los Estados Unidos trabajan actualmente para identificar los compuestos que producen el sabor característico del café. Es muy posible que también el té y el cacao entren en la zona de peligro. Algunos países subdesarrollados tal vez tuvieron que hacer frente a un deterioro acelerado de su posición comercial si el café, y

quizás más adelante el té y el cacao, tuviesen que hacer frente a la competencia de sucedáneos sintéticos, y si la seda, la lana y el algodón y el caucho naturales continuaran siendo desplazados por sucedáneos más baratos y mejores.

El adelanto de las ciencias médicas y naturales, y de la tecnología, ha desempeñado, pues, un papel principal, y seguirán desempeñándolo, en oponer obstáculos al desarrollo económico de los países subdesarrollados. Tenemos que tener muy presente este hecho al examinar cómo los adelantos científicos y técnicos pueden aprovecharse en el planeamiento del desarrollo.

También tenemos que comprender claramente que los países subdesarrollados no pueden invocar, por lo menos como política permanente, ninguna especie de proteccionismo científico y tecnológico destinado a impedir que se utilicen adelantos en los conocimientos de los países prósperos, porque ponen en peligro sus perspectivas de desarrollo. No es posible que quieran hacerlo, ni lo conseguirán si lo intentaran.

Así, pues, reconocen que la explosión demográfica aumenta notablemente sus dificultades económicas y sociales, pero no pueden valerse de este argumento para impedir que progresen los conocimientos médicos, ni que se apliquen cuanto antes, tanto en los países subdesarrollados, como en los países ricos. Forma parte del ideal común de nuestra civilización el que todos los medios de que se disponga se utilicen para combatir la enfermedad y la muerte. Este ideal es común al mundo comunista y al mundo occidental y lo mismo a los países ricos que a los pobres. Nadie puede alegar que habremos de disminuir nuestras investigaciones médicas o prohibir su utilización para mantener alta la tasa de mortalidad en los países subdesarrollados.

Tampoco podemos confiar en detener esos adelantos científicos y tecnológicos que son actualmente perjudiciales para las oportunidades de exportación de los países subdesarrollados, ni impedir que se aprovechen. Nuestra civilización es racionalista. No podemos desear siquiera el entorpecer el progreso científico y tecnológico en ningún campo.

Para contrarrestar la tendencia del progreso científico y tecnológico a actuar en detrimento de los países subdesarrollados, habrá que aumentar considerablemente las investigaciones encaminadas concretamente a satisfacer las necesidades de esos países. En la agricultura, por ejemplo, si los rendimientos agrícolas en los

países europeos prósperos han aumentado siete veces, ello es consecuencia de las investigaciones intensivas realizadas durante varios decenios sobre los diversos tipos de suelo en su relación con el clima, el agua, los distintos fertilizantes, etc., y sobre mejoramiento de las semillas y las razas animales. Es relativamente escasa esa investigación detallada y localizada respecto a la productividad agrícola en los países tropicales y semitropicales, cuyas condiciones naturales son totalmente distintas y cuyos factores de producción revelan proporciones diferentes.

Sobre lo que he querido insistir *in abstracto*, sin tener tiempo siquiera de demostrarlo, es sobre lo siguiente: que la revolución económica que se está produciendo actualmente en los países prósperos como consecuencia de un adelanto cada vez más rápido de los conocimientos científicos y tecnológicos, actúa de tal modo que no sólo dejará estancados a la gran mayoría de los habitantes de los países subdesarrollados, sino que los hará retroceder.

Para hacer frente a este peligro, y esta es mi conclusión práctica, no basta con adaptar y adoptar la tecnología moderna en los países subdesarrollados, sino que una gran parte de la mayor actividad de investigación habrá que encauzarla hacia los problemas concretos de producción de esos países, donde prevalecen condiciones tan abigarradas y diferentes. Para que sea eficaz, se necesitará "asistencia técnica" de magnitud mucho mayor y de otro carácter que la actual.

He aludido a la explosión demográfica en los países subdesarrollados. Una consecuencia de especial importancia para el planificador es que la mano de obra activa crecerá muy rápidamente en los próximos decenios. La juventud de la población de los países subdesarrollados, que es a su vez consecuencia de la gran fertilidad, significará un impulso tremendo para el crecimiento de la población. A este respecto conviene señalar que una disminución en la tasa de natalidad no tendrá efecto alguno en el volumen de la mano de obra durante los próximos quince años y sólo un efecto muy secundario en los tres decenios siguientes. Sobre todo, teniendo en cuenta que toda disminución de la tasa de natalidad de un país subdesarrollado será generalmente un proceso lento y gradual, podemos predecir sin temor que hasta fines del siglo actual, o tal vez más adelante aún la mano de obra de los países subdesarrollados aumentará anualmente en más del 2%, y que

ese aumento en los países latinoamericanos será de casi el 3% o, a veces, mayor.

En los países subdesarrollados se considera acertadamente la industrialización como un objetivo de suma importancia. El previsible crecimiento continuo y rápido de la mano de obra, hace que ese objetivo adquiera mayor urgencia, especialmente en los países donde la relación tierra-hombre es elevada. Pero una vez dicho esto, poco se puede añadir. En primer lugar, la industrialización en los próximos decenios, aunque siquiera a un ritmo más acelerado que el que han logrado mantener hasta ahora los países subdesarrollados, no proporcionará una importante fuente de empleo. Y esto es así porque, aun en el mejor de los casos, la demanda adicional de mano de obra creada por la industrialización está en función no sólo de la rapidez del progreso industrial, sino del bajo nivel en que se inicia.

Si, como es evidentemente racional muchas veces, el capital de inversión y los recursos en personal administrativo y técnico (que serán limitados, aunque se reciba de los países prósperos mucho mayor asistencia que hasta ahora) se colocan en gran medida, en industrias mecanizadas, modernas, y en bastante gran escala, la demanda adicional de mano de obra será menor aún. Además, cuando la industrialización supone la racionalización de industrias ya establecidas y que absorben más mano de obra, las nuevas industrias vienen a derrotar por la competencia la producción artesana y tradicional, por lo que será negativo el efecto neto en la demanda de mano de obra, es decir, la industrialización deja en libertad más mano de obra que la que emplea. Desde este punto de vista, el desarrollo industrial encauzado hacia las exportaciones y la sustitución de las importaciones ofrece una ventaja evidente, además de aquéllas que se le reconocen habitualmente, pero ningún país subdesarrollado puede industrializarse exclusivamente en esos dos sentidos.

En una primera etapa de la industrialización habrá siempre efectos contrarios que disminuyan, supriman o en el peor de los casos, inviertan los efectos de "creación de empleo" de la industrialización que, aun haciendo caso omiso de esto, habrán de ser pequeños en un principio. En un estudio emprendido por la Secretaría de la Comisión Económica para Europa para el desarrollo de la República Centroasiática de la URSS, puede verse que, a pesar del muy acentuado esfuerzo de industrialización, la mano de obra empleada en la manufactura disminuyó durante más de dos dece-

nios. Sólo entonces llegó la base industrial a ser suficientemente amplia para que una rápida continuación entrañara un gran incremento en la demanda de mano de obra.

Si unimos ahora nuestras dos conclusiones: es decir, que el efecto de "creación de empleo" de la industrialización es comúnmente bastante pequeño y hasta negativo, y que la mano de obra aumentará anualmente de 2 a 4%, tenemos que llegar a la conclusión de que la mayor parte de ese aumento de la mano de obra tendrá que quedar fuera de la industria, principalmente en la agricultura.

El excedente de mano de obra agrícola que trata de hallar refugio contra la pobreza y la opresión trasladándose a las ciudades, se dedicará principalmente al pequeño comercio, a distintos servicios y a otras ocupaciones que se distinguen por la misma subutilización de mano de obra que la agricultura, o aumentará el número de los que van en busca de chapuzas, los ociosos y los mendigos. En los países subdesarrollados, desgraciadamente, la urbanización no es equivalente de industrialización.

Una vez dicho esto, sin embargo, quiero repetir que no es un argumento en contra de la más rápida creación posible de industrias manufactureras. El largo período de transición durante el cual la industrialización no creará un gran volumen de empleo es, si acaso, un argumento a favor de que se inicie lo antes posible y se proceda con la mayor rapidez para llegar cuanto antes al fin de ese período de transición. Pero el conocimiento de estos hechos debe impulsarnos a hacer el propio tiempo serios esfuerzos en otros varios sentidos. En las condiciones que imperan actualmente en los países subdesarrollados, esto es necesario para que los esfuerzos de industrialización propiamente dichos no resulten frustrados ni se abandonen al final. En realidad, si en agricultura no se hacen grandes esfuerzos de desarrollo, hasta los mejores intentos de industrializar probablemente no impedirán una mayor miseria para las masas, especialmente en los países más pobres y entre los estratos sociales más bajos.

Por lo tanto, la agricultura —que es con mucho el sector principal de la economía de todos los países subdesarrollados— y el desarrollo agrícola, continúan siendo, el problema clave, o, como dijo el Congreso Mundial de la Alimentación "la piedra angular del desarrollo económico". Como ya he señalado, más de la mitad de la población total, y en los países subdesarrollados mucho más de la mitad —en

Africa y Asia hasta el 80% a veces— vive de la agricultura. Es peligrosa ilusión creer que puede haber un importante progreso económico en los países subdesarrollados sin un aumento considerable de la productividad de la mano de obra agrícola.

Esto plantea a los planificadores un problema mucho más serio, ya que la subutilización de la presente mano de obra es de proporciones muy vastas, lo que en el idioma popular se conoce por "subempleo". Una política agrícola racional debe orientarse por tanto hacia una utilización más intensa de la mano de obra subutilizada, que entretanto crece continua y rápidamente. En esta breve disertación no puedo detenerme en los efectos de esta importante conclusión en la planificación agrícola, salvo para reiterar que el desarrollo agrícola satisfactorio de los países subdesarrollados requiere una tecnología totalmente nueva. Tomando en consideración las condiciones climáticas de las zonas tropicales y subtropicales en que se encuentran casi todos los países subdesarrollados, la investigación intensiva, detallada y localizada, del tipo y el alcance que han sido esenciales para el rápido progreso de la agricultura en los países ricos que, por diversas razones, jamás tropezaron en su desarrollo con la necesidad de absorber un grande y creciente excedente de mano de obra agrícola, no ha sentado todavía ninguna base científica. El progreso agrícola en los países ricos fue generalmente favorecido por una rápida disminución de la mano de obra dedicada a la agricultura. Es natural que tanto la investigación como las técnicas se orienten hacia una mayor producción con menor mano de obra. Esto no puede hacerse en los países subdesarrollados. El inevitable crecimiento de la mano de obra agrícola crea mayores problemas que, si no se resuelven, supondrán para los pobres mayores miserias.

Por ser la situación desesperada y tan grandes los peligros, los países subdesarrollados, y por decirlo así toda la humanidad, no pueden permitirse un fracaso en esta empresa extraordinariamente difícil. La productividad sumamente baja de la tierra de los países subdesarrollados puede dar lugar a alguna esperanza. Cabe suponer razonablemente que hay medios gracias a los cuales un gran aumento del insumo y la eficiencia de la mano de obra permitirá aumentar el rendimiento por hectárea en proporción mucho mayor que la del incremento del insumo de mano de obra. Casi todos los países latinoamericanos tienen también, y esto es una gran ventaja, mucha tierra no explotada.

* * *

Una vez llegados a este punto de nuestro razonamiento, hemos de enfrentarnos con el hecho de que uno de los principales impedimentos para la utilización de la nueva tecnología capaz de resolver este problema es político, institucional y de actitud. En muchos países subdesarrollados, el poder se halla en manos de gentes reaccionarias que tienen, o miopemente creen tener, interés en impedir que se produzcan aquellos cambios en la propiedad y la tenencia de la tierra que habría de aumentar las oportunidades y los incentivos para que el campesinado tratase de mejorar su suerte. En efecto, en muchos países en los que gobiernan ilustrados líderes nacionales, éstos quedan impotentes por la acción de los terratenientes, prestamistas y otros intermediarios que poseen el poder en las aldeas y asimismo en los parlamentos y que lo utilizan para impedir la puesta en práctica de las decisiones de los líderes, aun cuando hayan adoptado la forma de una ley. Y es frecuente que los pobres campesinos no protesten; están sumidos en la apatía, la ignorancia y las creencias supersticiosas ocasionadas y mantenidas por su pobreza.

Acerca de estos hechos existe una general unanimidad. La FAO ha estudiado el problema con decisión y competencia, y constantemente se aprueban resoluciones relativas a la reforma agraria y muchas cosas más que apuntan hacia lo mismo. Pero en la práctica, poco es lo que se realiza en la mayoría de los países subdesarrollados. Dado el constante aumento en la fuerza de trabajo agrícola —que sin rápido desarrollo está produciendo mayor desigualdad— esta situación es sumamente peligrosa. Hemos de confiar en que las instituciones políticas de los países subdesarrollados demuestren que son capaces de llevar adelante la reforma del régimen de tierras y de tenencia, a fin de que también en estos países, y en la agricultura, se compruebe que Marx estaba equivocado en su profecía de que la revolución violenta es el efecto inevitable de agrandar la desigualdad y el empobrecimiento de las masas.

En esta luz, podemos percibir el peligro que representa considerar la industrialización como panacea de la grave enfermedad del subdesarrollo de los países subdesarrollados. Es tanto mayor el peligro cuanto que, tratándose de ciertas personas, este criterio viene a servir intereses creados y, tratándose de otras muchas, ilusos intereses, para no afrontar problemas delicados y difíciles. Si se puede trazar la imagen de la industrialización como la manera principal de conseguir lo que, según el sentir popular, se denomina el "despegue" hacia un crecimiento "auto sostenido", puede hacerse creer a las gentes que no hay que preocuparse tanto por

la falta de éxito en modificar el orden económico y social de las aldeas y elevar la productividad de la mano de obra y la tierra agrícolas.

Es asimismo mucho más fácil construir fábricas, quizás con ayuda de capital y técnicos extranjeros, que modificar el orden social y económico de las aldeas y las actitudes ante la vida y el trabajo de millones de campesinos sumidos en la pobreza. Nadie puede estar en contra de la industrialización, y muchos de los que tienen influencia en los países subdesarrollados tienen un interés directo y personal en ella.

Contribuye a esta forma de pensar la tendencia a la superficialidad en la planificación, que viene indicada por el método de razonar en función de prioridades, método descuidado y cargado de prejuicio. Quisiera decir ante todo que si hubiese de hablar de prioridades a este respecto, los hechos que he señalado y las conclusiones a que he llegado, me impulsarían definitivamente a conceder a la agricultura la máxima prioridad. Sin progreso en la agricultura nos hallamos ante la pura calamidad. Pero toda esta forma de razonar supone que es necesaria la elección cuando un esfuerzo en un sentido excluye otro en sentido distinto. Esta hipótesis es, en general, falsa, o, en todo caso, sólo cierta en parte.

Las reformas institucionales precisas no son directamente costosas en función de escasa disponibilidad de capital, y mucho menos en divisas. Además, muchas de las inversiones necesarias en la agricultura son del tipo que requieren un empleo sumamente intenso de mano de obra, como por ejemplo la movilización de mano de obra subutilizada para toda suerte de mejoras permanentes de la tierra. Sobre esto se ha hablado mucho pero es poco lo que se ha hecho. Del mismo modo, los esfuerzos para elevar los niveles de enseñanza, sanidad e higiene no precisan de cuantiosos desembolsos de capital o de divisas. En la mayoría de los países subdesarrollados estos esfuerzos han sido en su totalidad hartamente débiles, incluso cuando se les considera exclusivamente desde el punto de vista de la productividad, es decir, sus posibles efectos de alzar al campesinado pobre de su apatía y tradicional irracionalidad.

En la medida en que las reformas agrícolas y estos otros esfuerzos de desarrollo precisan realmente de inversiones de capital y divisas, las necesidades o bien están en armonía con la industrialización —para la construcción de fábricas que produzcan fertilizantes, herramientas y maquinaria agrícola— o no sólo son sumamente productivas sino, de hecho, casi indispensables para un plan racional de desarrollo en la desesperada situación en que nos hallamos en agricultura.

Para los pocos países subdesarrollados que han llegado a formas más avanzadas de planificación del desarrollo y subrayado en sus planes la necesidad de la industrialización, la conclusión de mi análisis hasta este punto es, ante todo, *no* que no debieran haberse decidido por ese mayor énfasis, sino que deben encauzarlo de tal modo que las máximas ventajas recaigan sobre el desarrollo agrícola, que tan primordial importancia tiene para el éxito o el fracaso de su total esfuerzo de desarrollo.

La Campaña Mundial contra el Hambre lanzada por la FAO ha subrayado el hecho de la productividad sumamente baja de la mano de obra y de la tierra en los países subdesarrollados. Países populosos con centenares de millones de habitantes —como la India, el Pakistán y Turquía, los tres con más de las dos terceras partes de su mano de obra activa dedicada a la agricultura— se hallan en un nivel subóptimo de nutrición y cada vez están más supeditados a la caridad americana para alimentarse. El Asia Meridional en conjunto, en los últimos decenios ha pasado de región excedentaria a deficitaria en cuestión de alimentos. La producción alimentaria por persona en América Latina ha permanecido invariable en el último decenio y es posible que su nivel actual sea algo inferior al de una generación anterior.

La FAO ha calculado que cerca de la mitad de la población del mundo padece hambre total o malnutrición grave, o ambas cosas; esta mitad de la humanidad vive en los países subdesarrollados. En efecto, las masas de subalimentados se encuentran en la agricultura. Teniendo en cuenta el esperado aumento de la población, la FAO calcula asimismo que para proveer un nivel racional de nutrición a todos los pueblos del mundo, el total de abastecimientos alimentarios deberá duplicarse para 1980 y triplicarse para el año 2.000; para la América Latina las cifras resultan un poco superiores. De mis estudios, me siento inclinado a creer que esto es una subestimación y no un cálculo excesivo, sobre todo si ha de elevarse el nivel de nutrición de los estratos pobres, lo que es ya una necesidad para aumentar la productividad de la mano de obra.

Hay dos cosas evidentes. Primera: la mayor parte de este aumento de la producción agrícola ha de realizarse en los países subdesarrollados, lo que supondría una desviación brusca de la actual curva de desarrollo de la producción agrícola en esos lugares. Segunda: si no se alcanza esa meta, ello significará una calamidad mundial, en cuyos verdaderos efectos e importancia aterra pensar.